

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 78.—1.º de Junio de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

LA CIENCIA DE SER FELIZ.

ARTÍCULO 8.º Y ÚLTIMO.

Instabilidad de las cosas humanas.

No hay palabra que mas impresione nuestro espíritu que la de ser una cosa eterna. ¡Eternidad en el bien! ¡Eternidad en el mal!.... Hé aquí dos ideas que en opuesto sentido nos presentan la imagen de lo infinito, imagen tan grandiosa que no tiene aplicacion mas que á Dios.

La eternidad solo puede referirse á la vida inmortal y futura del espíritu. En la material y perecedera, aunque se abuse á veces de esa palabra aplicándola con errónea exajeracion á los hechos humanos, bien comprendemos que aquí nada es eterno, pues no solo no lo es el hombre, que aún dura menos que sus obras, sino que todos los sucesos de la vida, prósperos ó adversos, son transitorios, como ella misma lo es, y son además con mucha frecuencia mezcla alternada de goces y de penas.

Esto, que se halla al alcance de todos y que todos sabemos, aunque tratemos locamente de olvidarlo, si bien parece á primera vista motivo de amargura, lo es sin embargo de consuelo para el que sufre. Dolores que pueden cambiar y que desde luego se sabe que tienen un término, son siempre soportables. Lo insoportable, lo que aterrará nuestra alma, es la idea de que duraran siempre ó que durasen mucho.

Así lo vemos prácticamente en los incidentes mas comunes de nuestra existencia. Una enfermedad, cuyo término es probablemente corto y favorable, no nos abate; un mal rato, siendo rato, y no dia ni semana, se soporta bien; y no son necesarios grandes esfuerzos de

valor para sobrellevar situaciones aflictivas de otro género, si se sabe desde luego su terminacion. La frase vulgar de *esto pasará pronto* encierra el mejor, aunque sea el mas trivial, de los consuelos.

Pues bien; generalizando ese principio, importa mucho que nos fijemos en que así, mas ó menos, son todos los sucesos y todas las situaciones de la vida. Nada hay en el mundo que no sea transitorio y variable; el mal no tiene mas estabilidad que la que le ha dado la Providencia que nos le envía, la cual puede convertirlo en bien aun cuando no alcancemos razon para que así suceda. Aquello de la rueda de la fortuna, que ensalza y abate alternativamente, aunque sea una idea pagana, encierra una gran verdad, al espresar los fáciles cambios á que está sujeto aun lo que nos parezca mas difícil de cambiar.

El que hoy sufre dolores físicos ó morales, el que lucha hoy con la desgracia, el que está próximo á sucumbir al desaliento, deben reflexionar que quien les envió esa desgracia puede enviarles la felicidad; que á un dia de luto sucede otro de alegría; que el que parece inconsolable se consuela por la simple influencia del tiempo; y que despues de todo, aunque así no fuese, aunque la desgracia sea tan radical que no deje perspectiva de modificacion venturosa, la vida es pasagera y corta. Insensato, pues, sería desesperarse por males que tienen fin y que, soportados con valerosa resignacion, pueden allanarnos el camino para hallar en otra vida inmortal un consuelo verdaderamente eterno.

Esta reflexion es igualmente aplicable, aunque en otro sentido, á las personas venturosas. Tambien su dicha es instable y pasajera; tambien el cuadro de las felicidades tiene reverso de dolores; tambien para los que gozan hay rueda de fortuna desastrosa. Util y razonable es, pues, que las personas dichosas no se embriaguén con su felicidad, que estén preparadas á la idea de su posible y fácil desaparicion, y que el ejemplo de los que padecen á su lado les produzca una tranquila moderacion para los goces propios y una tierna compasion para las desdichas ajenas.

Con solo inspirarse bien en esta sencilla idea de la instabilidad de todo lo humano, puede conseguirse esa serenidad valerosa para hacer de cada hombre un filósofo cristiano, que resistirá los embates del dolor, mejor que pudiera hacerlo aquel modelo de varon justo de quien dijo el poeta latino:

*Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.*

Conclusion

Vamos ya á dar fin á estos amistosos, aunque desaliñados consejos que enviamos á los desgraciados, y sobre todo á los desgraciados pobres. ¡Ojalá que su lectura les inspire algo de la convicción consoladora que les desea nuestro afecto, afecto fundado en la simpatía que tiene para nosotros todo el que padece!

Hemos procurado demostrar, aunque bien lijeramente:

Que las *creencias religiosas*, elevándonos al origen verdadero de todo cuanto sucede en el mundo, nos presentan, en la idea sublime de un Dios criador y justo, el consuelo supremo para soportar lo que parece insoportable y aceptar como bien hecho aun lo que á nuestra limitada inteligencia ofrezca el carácter de una injusticia.

Que la *resignacion*, haciendo del sacrificio inevitable una virtud meritoria, calma las agitaciones del dolor, trae al espíritu la dulce serenidad de la esperanza y sofoca en su origen los arrebatos desastrosos de una desesperacion impotente.

Que las *pasiones*, como impulsos vehementes de nuestro corazón, bien dirigidas pueden darnos felicidad; abandonadas sin freno á una mala tendencia, pueden constituir por sí solas la infelicidad de nuestra vida.

Que el *hacer bien* á los demás en esa ancha esfera en que todos, mas ó menos, pueden hacerlo, al dar consuelo á los beneficiados viene ese consuelo de rechazo sobre el hienhechor y sirve para proporcionarle uno de los placeres mas puros.

Que la *reflexion*, haciéndonos juzgar las cosas y los sucesos con sensatez y no con aturdimiento é indiferencia, fortifica la energía de nuestra alma y nos facilita recursos y fuerzas para el dia de la desgracia.

Que las *comparaciones*, al presentarnos á cada momento infortunios mayores que los nuestros y personas que sufren amarguras de que nosotros estamos libres, nos demuestran prácticamente que, aun el que se crea mas infeliz, tiene mas deberes de gratitud á Dios que derechos de queja.

Y finalmente, si todo esto no basta, recordemos que la desgracia es pension inevitable de la vida; que con lágrimas venimos al mundo y con suspiros se estingue nuestra vida. Esta ley es general é ineludible, pero no es ley tirana, porque deja abierta la puerta á consuelos de diversas clases para el hombre que sabe y quiere buscarlos. Hallarlos no es difícil; teniéndolos, si no logra ser feliz por completo, puede al menos considerarse, y ser realmente, menos desgraciado.

Antonio Guerola.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Con el mayor gusto reproducimos parte de una carta dirigida al *Diario de San Sebastian* por una persona prevenida contra la Asocia- cion de la Cruz Roja y en particular contra la seccion de Azcoitia, pero que habiendo visto por sí misma lo infundado de su preven- cion, ha querido, con una noble espontaneidad que le honra, con- tribuir á que la verdad quede en su lugar, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente:

«El edificio, donde ha establecido la seccion de la Cruz Roja de Azcoitia su hospital, pertenece á la villa; situado dentro de la po- blacion frente á la iglesia parroquial, tiene por delante un patio es- pacioso de entrada, convertido ahora en jardin. De este se sube al piso principal por medio de una doble escalinata, dando entrada por dos puertas á un gran salon á cuatro luces con 15 huecos de balco- nes y ventanas. En la fachada se ostenta una bandera de la Cruz Roja y un farol grande que alumbra toda la noche. En el salon men- cionado se encuentra en su centro una mesa como de diez á doce cubiertos, destinada para servir la comida á los convalecientes; del centro del techo cuelga un gran quinqué. En la misma pieza hay además un relój de pared, un estante espacioso conteniendo en abundancia vendajes de todas clases, aparatos curiosos de fractura, instrumentos, mochila con un pequeño botiquin y dos carteras con objetos de escritorio para las salidas al campo; una mesa escritorio para el servicio del hospital y sillas suficientes. En un ángulo del salon se ven camillas para la conduccion de los heridos, una hermo- sa pila de lavatorio, de mármol, de metro y medio de longitud pró- ximamente, con su jabonera, dos palanganas, dos grandes jarros, completando este tocador dos tenderetes para toallas y un gran espejo dorado. Hay además ocho camas puestas para los casos en que se llene la enfermería, y un busto de la Virgen completa su deco- racion.

»De este salon se pasa á una galería corrida, sumamente venti- lada por nueve ventanas rasgadas que miran al jardin. En esta gale- ría hay doce camas, ocupadas todas ellas por los enfermos, así como dos del anterior salon. De este se descende por una escalera abier- ta nuevamente á la planta baja del edificio. En esta planta se en- cuentra la cocina, tres cuartos, y en cada uno dos camas; toda esta parte con la debida separacion, está destinada á los practicantes y Hermanas de la Caridad. Además hay otra pieza espaciosa y en las

mejores condiciones con destino á la pequeña botica ó botiquin, del que está encargado un practicante de farmacia.

»Por la escalinata exterior se sube al piso 2.º con destino á la clase de oficiales; se encuentra en él una cocina con servicio independiente, un saloncito con chimenea, cinco cuartos espaciosos con seis camas, una pieza con todos los enseres de escritorio, un comedor y una pieza para juntas y reunion de los socios. El tercer piso está destinado á la limpieza y guarda-ropa.

»Esto con respecto al menaje del hospital que los scios pusieron desde que se abrió. Pero lo que usted ignorar, así como las gentes, es que todo este menaje, desde la batería de las cocinas hasta la botica y las 32 camas, que son como las que pueda haber en cualquier casa particular, ha sido costeado exclusivamente á espensas de aquellos asociados, sin auxilio ninguno del municipio ni de otra corporacion. Pero hay mas; á los enfermos se les suministra todo, absolutamente todo lo que prescribe el médico; y de ordinario á los convalecientes por desayuno, chocolate; á las diez, caldo de puchero limpio; al medio dia succulenta sopa, cocido de legumbres y una racion de carne con garbanzo y un vaso de mas de medio cuartillo de vino; por la tarde chocolate; y á la noche cena compuesta de sopa y un plato fuerte con la misma cantidad de vino.

»El pan lo que quieran comer. Si cualquier enfermo ó convaleciente pide agua fuera de las horas de comer, se le sirve con esponjado. Pues bien, toda esta alimentacion la suministran los mismos asociados de la seccion de Azcoitia á sus espensas. No es esto solo; para el mejor servicio del hospital, propio, independiente y exclusivo de dichos asociados, han hecho venir de Madrid á dos Hermanas de la Caridad, tambien á sus espensas.

»Hasta aquí los sacrificios pecuniarios; mas no para en esto su caridad y la buena fe con que han entrado en la institucion de la Cruz Roja. Diez de ellos, contando un facultativo y un capellan, hacen guardia de veinticuatro horas, entrando á las ocho de la mañana, sin abandonar un momento el hospital ni de dia ni de noche, turnando cada tres dias. En estas veinticuatro horas hacen el mismo servicio que los mozos en los grandes hospitales.»

LA TIA MARIMAMO (*).

¿Qué quiere decir Marimamo? me preguntar tal vez el lector maligno ó benévolo. Es pregunta á la que yo no puedo contestar,

(*) Histórico.

con harto sentimiento mio, pues nadie me gana á galantería para con los que tienen la paciencia de leer mis escritos. Es el uso el árbitro y supremo legislador del lenguaje, y no seré yo quien vaya á pedirle á este la razon de su existencia. Lo cierto es que la tia Marimamo vive y comercia en trapos por las calles de la mas fea capital de provincia que hay en España; y no solo se gana la vida pregonando á voz en grito su mercancía, sino que tiempo atrás nos sorprendió agradablemente con algo mas que una de sus ordinarias transacciones mercantiles. Hay gentes que, acostumbradas á no penetrar nunca mas allá de la corteza de las cosas, juzgan siempre por las apariencias, y como no puede menos de suceder, frecuentemente se engañan. Tal aconteció en la capital aludida con algunos que, al observar en la tia Marimamo aspecto hombruno, estatura jigante, formas angulosas y rostro picado de viruelas, creyéronla incapaz de afecciones femeniles, y por ende, de sentimientos amorosos y tiernos. El tiempo, sin embargo, vino á desmentir á estos tales y á sorprendernos á todos.

Hallábame yo en la puerta de un comercio con cierta señora amiga mia, cuando hirió nuestros oidos la tan conocida voz de la tia Marimamo, que gritaba:

—Mantones y moqueros, ¿quién compra?

Momentos despues la vimos subir calle arriba erguida como un pino, risueña como el que no puede ocultar la satisfaccion que siente, con la siniestra mano apoyada sobre la cadera, el brazo en jarras, un fardo de ropa sobre el hombro, y asiendo con la diestra á una hermosa niña de ocho á diez años, que la seguia retozona y saltando sin cesar.

—¿De dónde ha sacado V. esa niña? le preguntó á la vendedora ambulante mi amiga.

—Calle V., señora, que el gozo me retoza en el cuerpo, porque esto no es niña, es un ángel que me ha enviado el Señor para que dulcifique los últimos dias de una solterona.

Y arrojando el fardo sobre el umbral, abrazó á la niña chillando y la llamó sol, lucero, reina y otras mil maternales lindezas por el estilo, dicho lo cual se sentó sobre su mercancía.

—¿Cómo es que no se ha casado V.? le pregunté yo.

—Señor mio, me contestó, no ha sido por falta de vocacion, que la tenia, y grande, para el matrimonio; pero no he querido pasar en vida las penas del purgatorio.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Doce matrimonios poco mas ó menos hay en mi calle de mi cuerda. Pues ¿querrán ustedes creer que unos por

borrachos y por brutos otros, no hay día en que los maridos no muelan á palos á sus mujeres?

—Vamos, no será tanto, tanto, replicó mi amiga, añadiendo: pero á todo esto aún no nos ha dicho V. de quién es esa niña.

—Mia, señora, mia. ¿De quién había de ser si no este pimpollo?

—¿Pues no es V. soltera?

—Mucho que sí, sí señora; ¡pero no sabe V. lo que me pasó hará unos quince días en la ermita del Cármen, junto á la Beneficencia?

—No señora.

—Pues venia yo del puente con mis mantones al hombro, cuando al pasar por la ermita oí los lamentos y gemidos de una muchacha que, entre dos mujeres, lloraba amargamente abrazándolas sin cesar. La niña era hermosa como un serafín; las mujeres lloraban también en silencio y levantaban las manos al cielo como implorando misericordia. Me acerqué y les dije:

—¿Qué ocurre, buenas mujeres, para desconsolarse de ese modo?

—¡Qué ha de ocurrir! me contestaron llorosas; que esta muchacha de nuestro lugar se ha quedado sin padre ni madre ni parientes, y como nadie en el pueblo ha querido recojerla y nosotras somos tan pobres, la llevamos á la Beneficencia de parte del alcalde.

—¡Pobrecica! exclamé yo.

Y como si la muchacha comprendiese su desventura, prorumpió en tan amargo llanto y en tan lastimosos gemidos, que se estremecieron hasta las piedras y nos echamos á llorar las cuatro como unas Magdalenas.

—¡Desventurada de mí, que no tengo á nadie en el mundo! decía entre lágrimas y suspiros la rapaza; y aquella voz aguda y lastimera taladró mi pecho hasta las telas del corazón. Me dió un vuelco, una de esas corazonadas irresistibles, me arrojé sobre ella, la estreché entre mis brazos, cubrí de besos su cara, enjugué las lágrimas que corrian de sus ojos, y le pregunté por su nombre de pila.

—Me llamo María de las Nieves, me contestó.

—Pues bien, María de las Nieves, le dije, ¿quieres que sea yo tu madre?

—¡Dios se lo pague, madre mia! añadió la muchacha colgándose á mi cuello.

No se pueden ustedes figurar lo hueca que me puse al oirme llamar madre por primera vez en toda mi vida. La tomé de la mano y echamos á andar hácia la Beneficencia. María pasó allí, de manos de las lugareñas á las del director, y despues de los papelotes y requirios de costumbre, de las de este á las mias.

Y la tía Marimamo, volviéndose á la niña, le preguntó:

—¿No es verdad, hija, que yo soy tu verdadera y única madre?

Por vía de contestación María abrazó á su madre adoptiva, y tirándole de las faldas la hizo levantar, tomó su fardo, y mientras admirábamos tan notable rasgo de caridad en tan vulgar tipo, se despidió de nosotros gritando:

—¡Pañuelos y mantones, quién compra!

Manuel Polo Peyrolon.

EL POETA Y EL CAMPESINO.

Por Emilio Souvestre. (Traducido por D. P. T. y M.)

(*Conclusion.*)

¿Eran, en efecto, semejantes suyos estos desgraciados, entregados esclusivamente á las necesidades del trabajo, que vivían en el seno de la creación sin mirarla, y cuya alma no se elevaba nunca por encima de las sensaciones más reales y más prosáicas? ¿Qué era para esta triste mitad del género humano el mundo de poesía, al cual debía el joven sus más dulces goces? Conducida por el aguijón del instinto, ¿no parecía condenada á vagar fuera del Eden, del que una mano privilegiada le había abierto las puertas? Parecía vivir de la misma existencia que él; pero ¿qué abismo entre sus almas! Tenían estas siquiera algunas inclinaciones comunes? Existía algún punto de semejanza que pudiera atestiguar su fraternidad original? Arnoldo lo dudaba más cada instante. Cuanto más reflexionaba, más le parecía esa flor inmaterial, á la que hemos dado el nombre de poesía, el privilegio de algunas clases escojidas, mientras que el resto vejetaba al azar en los límites del prosaismo.

Estos pensamientos dieron por resultado comunicar á sus maneras una especie de desprecio hácia su conductor, al que cesó de dirigir la palabra. Moser no se mostró sorprendido ni agraviado, y se puso á silbar un aire nacional, que interrumpía de vez en cuando para animar con la voz á sus caballerías.

Así llegaron á la granja, donde el ruido de los cascabeles los anunció; un muchacho y una mujer de mediana edad aparecieron al mismo tiempo en el vestíbulo.

—¡Eh! ¿es el padre! gritó la mujer volviéndose hácia el interior de la casa, donde se oyeron las voces de muchos niños que acudían á la puerta con alegres gritos y vinieron á agolparse alrededor del campesino.

—¡Un momento, canalla! les dijo este con su gruesa voz, registrando el carro, de donde sacó una cesta cubierta; dejad á Fritz que desenganche.

Pero los niños continuaban sitiando al labrador y hablando todos á un tiempo. Se bajó para besarlos uno despues de otro, y luego enderezándose de repente:

—¿Dónde está Juan? preguntó con una precipitacion que tenia algo de inquietud.

—Aquí, padre, aquí, respondió una voz débil que salia de la puerta de la casa; madre no quiere que salga con esta lluvia.

—Estáte ahí, estáte ahí, dijo Moser, que ya voy, *hijote*; entrad vosotros para que no tenga la tentacion de salir.

Los tres niños entraron en el portal, donde Juanito estaba de pie junto á su madre.

Aquella desgraciada criatura era tan cruelmente contrahecha, que á primera vista no se podia calcular su edad ni la índole de su enfermedad. Todo su cuerpo descompuesto por ella, formaba una línea tortuosa y quebrada, por decirlo así. Su cabeza desmesurada se hundia entre sus hombros, desigualmente redondeados, mientras que su busto estaba sostenido por dos muletas que reemplazaban á sus dos piernas consumidas, que no hubieran podido sostenerle.

Al acercarse el labrador, le tendió sus brazos demacrados con una espresion de alegría y de cariño, que iluminó el semblante surcado de Moser. Este lo levantó en alto lanzando una exclamacion de alegría y de enternecimiento al estrecharle contra su pecho.

—¡Vamos, topito mio, exclamó; abraza al padre..... con los dos brazos..... bien apretado!..... ¿Cómo ha ido desde ayer?

La madre sacudió la cabeza.

—Siempre con la tos, dijo á media voz.

—Esto no es nada, padre, replicó el niño con su voz débil; Luis me habia llevado demasiado de priesa en mi carrito; pero ya estoy bien, muy bien: me siento fuerte como un hombre.

El campesino lo posó en el suelo con precaucion, lo apoyó en sus muletas, que estaban caidas, y lo miró con complacencia.

—¿No encuentras que crece, mujer? dijo con la entonacion de un hombre que quiere que le animen. Anda un poco, Juan; ¡anda, muchacho!.... Anda mas de prisa y con mas firmeza..... él se pondrá bueno; no se necesita mas que paciencia.

La labradora no respondió, pero su mirada se fijó sobre el niño con una desesperacion tan intensa, que Arnoldo se estremeció. Felizmente Moser no lo reparó.

—Vamos, ¡aquí la parva! dijo abriendo la cesta que habia sacado del carro; para todos hay. ¡En fila, y adelantad las manos!

Acababa de exhibir tres panecillos blancos y dorados por el fuego: tres gritos de alegría se oyeron á la vez, y seis manos se adelantaron para cojerlos; pero todas se detuvieron como por resorte.

—¿Y Juan? preguntaron las voces infantiles.

—¡Vaya al diablo Juan! dijo Moser alegremente; no hay nada para él hoy: otro dia le tocará.

Pero el niño sonreia é intentaba levantarse para ver el fondo de la cesta. El campesino retrocedió un paso, apartó con precaucion la tapa, y levantando el brazo con aire solemne, mostró á los ojos de todos una torta guarnecida de almendras y sembrada de anises blancos y encarnados.

Resonó una exclamacion general de admiracion. Juan no pudo contener un grito de alegría; un ligero carmesí tiñó sus pálidas mejillas y estendió las manos con placentera avidez.

—¡Ah, esto te conviene, topito mio! exclamó el campesino, cuyo rostro se iluminó con la alegría del niño; toma, viejecito, toma; esto no tiene mas que azucar y miel.

Puso la torta en las manos del jorobadito, que temblaba de alegría, lo siguió estasiado con la vista mientras se alejaba, y cuando se perdió por completo el ruido de las muletas, dijo dirigiéndose á Arnoldo:

—Es mi primogénito; la enfermedad lo ha desfigurado un poco, pero es fino como el ámbar y á poca costa podremos hacerle un señorito.

Al mismo tiempo que hablaba, habia atravesado la primera pieza é introducía á su huésped en una especie de comedor, cuyas paredes blanqueadas estaban adornadas con algunos grabados groseramente iluminados. Al entrar, vió Arnoldo á Juan sentado en el suelo y rodeado de sus hermanos, con los que compartía la torta que le habia dado su padre. Pero todos rechazaban su parte porque la querian mas pequeña; el jorobadito desplegaba toda su elocuencia para decidirlos á aceptar los pedazos del tamaño que él los habia partido. El joven cazador contempló algun tiempo aquella generosa lucha con singular interés, y cuando se hubieron marchado los niños, manifestó á su madre la admiracion que le causaba.

—Es cierto, dijo esta suspirando y sonriendo, que á veces parece que el ver la enfermedad de Juan los hace mejores; entre si les cuesta mucho ceder, pero ninguno de ellos deja de hacer lo que Juan quiere; con él están en un continuo ejercicio de complacencia y abnegacion.

—¡Vaya un mérito! interrumpió Moser; ¿quién había de ser capaz de negar alguna cosa á un inocente tan desgraciado? Da vergüenza decirlo, caballero; pero cuando veo á ese niño, siempre me da gana de llorar. Muchas veces, cuando estoy en el campo, empiezo á pensar en él y me digo: «Juan está malo,» ó «Juan se ha muerto,» y entonces, aunque corra mucha prisa el trabajo, busco un pretexto para volver á casa á ver si es verdad. ¡Está tan débil y tan enfermo! Si no se le quisiera mas que á los otros sería muy desgraciado.

—¡Oh, sí! dijo la labradora con dulzura; el pobre niño es nuestra cruz y nuestra felicidad al mismo tiempo; mucho quiero á todos mis hijos, pero cuando oigo el ruido de sus muletas siento siempre una secreta alegría: me parece que Dios me avisa que aún no nos ha quitado nuestra dicha. Me parece que Juan atrae la felicidad á esta casa, como los nidos que las golondrinas cuelgan en las ventanas: si no tuviese que cuidarle, creeria que no tenia nada que hacer.

Arnoldo escuchaba aquellas sencillas espresiones de ternura con un interés mezclado de asombro. La campesina llamó á una criada para que le ayudase á poner la mesa, y el joven, invitado por Moser, se acercó al hogar, donde el fuego había sido renovado.

Al apoyar su cabeza sobre el respaldo de un rústico escabel, se fijaron sus miradas en un pequeño cuadro negro en cuyo centro se veía una hoja seca.

—Mirais mi reliquia, dijo Moser; es una hoja del sáuce que crece junto á la tumba *del anciano!*.... Me la dió un negociante de Strasburgo que había servido en la *vieja*. ¡No la daría por cien ducados!

—¿Enlazais á ella alguna idea particular? preguntó el cazador.

—Ideas no, replicó el campesino, pero yo también he servido en el 4.º de húsares; ¡un bizarro regimiento, que fue mermado terriblemente en Montmirail! No quedaron mas que ocho hombres de nuestro escuadron. Cuando el emperador pasó por delante de la línea nos saludó..... sí, caballero, nos saludó con el sombrero. Todos nos hubiéramos dejado matar por él. ¡Ah! ¡era el padre del soldado!

Aquí Moser se puso á rellenar su pipa mirando la hoja seca. Evidentemente, en aquel recuerdo de un portentoso destino, había para él todo un poema de juventud, de emociones, de melancolía. Recordaba las últimas luchas de Napoleon, á las que había asistido; las revistas pasadas por el emperador cuando su presencia hacía creer todavía en la victoria; los éxitos pasajeros de la famosa campaña de Francia, espiados en seguida con la derrota de Waterlói; la partida del gran vencido y su larga agonía en la roca de Santa Elena! Todas estas imágenes atravesaban sucesivamente por la mente

del campesino, y su frente se arrugaba; su dedo pulgar se apoyaba con fuerza sobre la pipa, llena hacia largo rato, y silbaba una marcha de su antiguo regimiento.

Arnoldo, respetando aquella muda preocupacion del antiguo soldado, esperaba á que rompiese el silencio.

La llegada de la cena lo arrancó al fin de su éxtasis; acercó una silla para su huésped y fue á sentarse al otro lado de la mesa.

—Vamos, ¡á la sopa! exclamó bruscamente; desde esta mañana no he tomado mas que un pedazo de pan y unos tragos de agua de cerezas; esta noche me comería un buey sin mascararlo.

Y al mismo tiempo empezó á comer la sopa que tenia delante de sí.

Durante algunos minutos no se oyó mas que el choque de las cucharas, seguido despues por el de los cuchillos que cortaban el cuarto de puerco ahumado que habia servido la campesina. El camino y el aire libre habian producido á Arnoldo un apetito que le hizo olvidar todas sus delicadezas parisienses: encontraba en el tocino de Moser un sabor desconocido, y en su vino no sé qué cualidad apetitosa que le escitaba á comer para beber mas. La cena iba animándose poco á poco, cuando el campesino levantó la cabeza como sorprendido por un súbito recuerdo.

—¿Y Fidel? preguntó; ¿dónde está que no le he visto?

La labradora y los niños se miraron sin responder.

—Y bien, ¿qué es esto? replicó Moser notando su embarazo. ¿Dónde está el perro? ¿Qué ha sucedido? Responde, Dorotea.

—No te enfades, padre, interrumpió Juan; no nos atrevíamos á decírtelo, pero Fidel salió esta mañana y no ha vuelto.

—¡Mil truenos! ¡Por qué no lo habeis dicho! exclamó el campesino dando un fuerte golpe sobre la mesa. ¿Y qué camino ha tomado?

—El de las Garenas.

—¿Cuándo?

—Despues de almorzar: le hemos visto salir por el sendero chico.

—Precisamente le ha sucedido algo, dijo Moser levantándose..... El pobre animal casi no ve y hay por ese lado muchos hoyos. Tráeme la piel de cabra y la linterna: es preciso que lo encuentre muerto ó vivo?

Dorotea salió sin hacer ninguna observacion y volvió bien pronto con lo que le habia pedido su marido.

—¿Quereis mucho á ese perro? preguntó Arnoldo sorprendido de tanta solicitud.

—¿Yo? no, respondió Moser encendiendo su pipa, pero ha hecho un gran servicio al padre de Dorotea. Un dia que venia del mercado de vender unos bueyes, cuatro hombres quisieron matarle para robarle el dinero y lo hubieran ejecutado á no impedirlo Fidel: así, cuando murió, dos años despues, el honrado anciano me llamó para suplicarme que cuidase al perro como á uno de sus hijos..... Estas fueron sus palabras..... Se lo prometí, y sería vergonzoso no cumplir las palabras á los muertos..... Por nada del mundo querria que hubiese sucedido algo á Fidel..... Es un animal que hace veinte años que forma parte de la familia..... que nos conoce á todos por la voz..... y que nos recuerda al abuelo..... Hasta la vista, caballero, y buenas noches.

Moser se envolvió en su piel de cabra y salió. Durante algunos segundos se oyó el ruido de su baston ferrado, perdiéndose al fin entre los rumores del viento y de la lluvia, que continuaba cayendo.

Despues de una larga pausa, invitó la labradora á Arnoldo á que fuese á acostarse; pero este le pidió permiso para esperar en su compañía al amo de la casa. Empezaba á interesarse por aquel hombre, que al principio le habia parecido tan vulgar, y por la humilde familia, cuya vida habia juzgado tan prosáica.

La velada se prolongó sin que Moser volviese. Los niños se habian dormido todos; Dorotea, inquieta, iba y venia sin cesar de la puerta de la granja á la casa. Arnoldo intentaba tranquilizarla, pero su espíritu se exaltaba con la inquietud: acusaba á Moser de no pensar en su salud ni en su seguridad, de estar siempre dispuesto á sacrificarse por todos, de no poder resignarse á ver sufrir un hombre ó un animal sin arriesgarlo todo por aliviarle. Y á medida que multiplicaba sus quejas, que se parecian notablemente á una glorificación, sus inquietudes eran mas vivas; tenia mil presentimientos funestos. La víspera, el perro habia estado ahullando toda la noche; una lechuza se habia posado en el tejado de la casa; era miércoles, dia de mal agüero para la familia. Llegaron sus angustias á tal punto, que el joven le propuso acompañarla á buscar á su marido, y se preparaba á despertar á Fritz para que fuese con ellos, cuando se oyeron unos pasos lejanos.

—Es Moser, dijo la labradora deteniéndose.

—Hola, ¡abre pronto, mujer! gritó el campesino desde fuera.

Ella corrió á desechiar el cerrojo, y apareció Moser trayendo en sus brazos al perro ciego.

—Aquí está, dijo alegremente; ¡Dios sea loado! Creí que no lo encontraba: el pobre animal habia rodado al fondo del barranco.

—¿Y has bajado á buscarle allí? preguntó Dorotea asustada.

—¿Lo habia de dejar en el fondo para encontrarlo mañana ahogado? replicó el antiguo soldado. Me he dejado deslizar por la ladera, y lo he subido en mis brazos como un niño: solo que la linterna se ha quedado allí.

¡Pero, desgraciado, has espuesto tu vida! exclamó Dorotea, que se estremecía al oír la esplicacion de su marido. Este se encogió de hombros.

—¡Bah! dijo alegremente; el que nada arriesga nada tiene; he encontrado á Fidel; es lo principal. Si el abuelo nos ve desde arriba, debe estar contento.

Esta reflexion, hecha con acento casi indiferente, conmovió á Arnoldo, que tendió la mano al campesino.

—Lo que habeis hecho prueba un gran corazon, dijo con emocion.

—¿Por qué? ¿Porque he evitado que se ahogue un perro? replicó Moser. ¡Pardiez! perros y hombres..... á bastantes he auxiliado, á Dios gracias, desde que nací; pero algunas veces me ha hecho mejor tiempo que hoy. ¿Di, mujer, no queda por ahí un vaso de coñac? Trae para acá la botella para que tome interiormente un rayo de sol: no hay nada que seque mejor cuando uno está mojado.

Dorotea trajo la botella y el campesino bebió brindando por su huésped. Despues todos se fueron á acostar.

Al dia siguiente el tiempo estaba sereno; el cielo, sin una nube, brillaba en todo su esplendor, y los pájaros cantaban sacudiendo sus alas sobre los árboles húmedos todavía.

Cuando Arnoldo bajó del granero, donde le habian puesto una cama, encontró junto á la puerta á Fidel, que se calentaba al sol, mientras que Juan, sentado sobre sus muletas, le hacia un collar de semillas de escaramujo. Un poco mas lejos, en la primera pieza, Moser bebia en compañía de un mendigo que venia á recojer su limosna semanal, y Dorotea tenia el morral de este y lo llenaba de provisiones.

—Vamos, tio Enrique, otro trago, decia el campesino llenando el vaso del pordiosero; para acabar vuestra caminata teneis que tomar fuerzas.

—Siempre se recuperan aquí, dijo el mendigo; pocas casas hay en la comarca donde se dé mas; pero no hay ninguna donde se dé con mejor voluntad.

—¡Callaos, tio Enrique! interrumpió Moser; ¿está bien hablar de estas cosas? Bebed y dejad que Dios juzgue las acciones de cada uno. Tambien vos habeis servido en el ejército: somos antiguos camaradas.

El anciano se contentó con sacudir la cabeza, y chocó su vaso contra el del campesino; pero se veía que estaba más conmovido por la cordialidad con que le hacían la limosna, que por la limosna misma.

Cuando hubo tomado su morral y saludado, Moser le siguió con la vista hasta que desapareció, y dando entonces un ruidoso suspiro:

—¡Otro anciano desvalido! dijo, volviéndose hacia su huésped; no me querreis creer, pero cuando veo hombres con la cabeza blanca ir pidiendo su pan de puerta en puerta, se me revuelve la sangre. Quisiera darles de comer á todos y beber con ellos, como acabo de hacerlo con el tío Enrique. Por más que se diga, para que el corazón no se rompa al verlos, es preciso creer que hay un país allá arriba, donde los que aquí no han recibido su pan de cada día, tendrán doble ración y doble recompensa.

—¡Ah! conservad esa esperanza, dijo Arnoldo; ella sostiene y consuela. Nunca olvidaré las horas que he pasado en vuestra casa y espero que no serán las últimas.

—Como queráis, dijo el campesino; si la cama de arriba no os parece demasiado dura y digerís bien nuestro tocino ahumado, venid, sin cumplimento, que siempre os lo agradeceremos.

Sacudió la mano que Arnoldo le había tendido, le indicó la dirección que debía seguir, y no dejó el umbral de su puerta hasta que le vió desaparecer en una revuelta del camino.

El joven anduvo algún tiempo con la cabeza baja, pero al llegar á la cima de una colina se volvió para echar una última mirada hacia atrás, y al ver la chimenea de la granja, de la que salía un ligero penacho de humo, sintió una lágrima de ternura desprenderse de sus párpados.

—¡Que Dios proteja siempre á los que reposan bajo ese techo, y al que lo guarda! murmuró á media voz, porque donde el orgullo me hacía ver criaturas incapaces de comprender las delicadezas del alma, he hallado modelos que imitar. Juzgaba el fondo por la forma, y creía ausente la poesía, porque en vez de mostrarse exteriormente se ocultaba en el corazón. Torpe observador, rechazaba con el pie lo que creía piedras groseras, sin adivinar que bajo aquellas piedras se ocultaban preciosos diamantes. Les reconvenía por su prosaísmo y no sabía lo que era poesía. ¿Qué mayor poesía que ser generoso y compasivo?

HUELLA DEL DOLOR.

Nevada como la espuma
 ¡Mirad! con el pico toma
 Su limpia y ligera pluma
 La candorosa paloma
 Que junto á su nido está.

¡Oh! ¡Cuán feliz se recrea
 Con ademanes tranquilos

En que el sol su gala vea,
 Y soltando va los hilos
 De sus plumas!.... Ved allá
 Juguetando sobre el suelo,
 Do avanzó con osadía
 Un inocente polluelo.....
 ¡Cómo le arrulla y le pia
 Con ternura sin igual!

Reposa en calma, reposa:
 ¿Qué mas bien gozar te resta?
 ¿Qué mas gloria, ave dichosa?.....
 ¡Ay! Cruza, sombra funesta,
 Cual espíritu del mal;

Y se conmueve aterrada,
 Y se acoge al caro nido
 Temblorosa y espantada:
 Mas solo queda y perdido
 El hijo que la siguió.

Lanzóse sobre él sañudo,
 Y entre quejas y lamentos
 El azor con pico agudo
 Lo arrebató por los vientos,
 Y en los vientos espiró.

La madre, á su cara prenda
 Busca en el sitio dichoso
 (Cuando huye el ave tremenda)
 Do el hijuelo cariñoso
 En pos de su amor se fué.....

¡Una pluma ensangrentada
 Halla! Y con triste querella,
 Mirad ¡madre infortunada!
 Suspira y gime sobre ella:
 ¡Ya gloria y dicha no ve!

¡Ay! La huella de ventura
 Borrada queda muy presto,
 Si acaso un instante dura;
 Que su sello al fin funesto
 Sobre ella imprime el dolor.

Si ave inocente, en memoria
 Deja una *pluma nevada*
 Por breve instante de gloria,
 Otra *pluma ensangrentada*
 Encima deja el azor.

C. M. Perier.

